



## CAPÍTULO V

DE LA PRINCIPAL VIRTUD Y FUERZA DEL AMOR,  
QUE ES MUDAR Y CONVERTIR EL AMANTE EN  
LA COSA AMADA.

**S**IGUIENDO la doctrina del divino contempla-  
tivo Dionisio, y de Platón en su convite de  
amor (porque, entre todos los que de esta mate-  
ria hablaron, con justo título llevan la palma),  
decimos: Que la principal virtud y fuerza del  
amor, y en que se fundan y apoyan todas las  
grandeza que de él hemos de escribir, sus triun-  
fos y victorias, es unir, mudar, convertir y trans-  
formar el amante en la cosa amada. Y dejada á  
una parte la experiencia tan grande que de esto  
tenemos en muchos amadores, que no son su-  
yos, sino de aquellas cosas que principalmente  
aman (que en este sentido llamó el Profeta (1)  
á los esclavos de su hacienda *varones de rique-  
zas*, porque los vió transformados en ellas); por  
la naturaleza del mismo amor se puede esto sin  
ninguna dificultad probar. Porque el amor es el

(1) Ps. 75.

primer don, y que tiene razón de don, donable  
ó comunicable, y que es imposible no emplearle  
en alguna cosa, no forzosa, sino voluntaria y  
liberalmente, porque el amor no puede padecer  
fuerza por ser, como tengo dicho, don libre. Y  
porque es de aquel á quien se da, y totalmente  
pasa en su dominio, siendo el amor el primer  
don y tan libre, necesariamente ha de ser de  
aquel á quien se da y comunica, y el así amado  
posee y tiene en su dominio este don libre y vo-  
luntario, después que el amante se le dió. Y  
como el amor traiga y lleve en pos de sí toda la  
voluntad, la cual tiene imperio sobre todo el  
hombre, adonde ella va lleva y arrebatata tras sí  
todo el hombre, como el primer móvil los demás  
cielos y, por consiguiente, á cualquiera que se  
da el amor se da la voluntad y todo el hombre.

San Agustín dijo esto galanamente por estas  
palabras: *Mi amor es mi peso: allí soy llevado  
adonde él me lleva* (1). De aquí se conoce muy  
claro cómo el amor y la voluntad se mudan y  
se convierten en el dominio y naturaleza de la  
cosa amada, y el que ama y el amado se hacen  
una cosa por virtud del amor. Esta conversión  
y mutación no es natural, ni forzosa, ni violenta,  
ni pesada, sino libre, espontánea, voluntaria,  
apacible, dulce y con deleite; y así ninguno  
ama forzado; porque, si esto fuese, ni sería vo-

(1) Amor meus pondus meum, ipso feror quocumque  
feror.



luntad ni amor, que de su naturaleza son libres.

Esta unión del amante con la cosa amada es fortísima, porque la voluntad no puede ser apartada de lo que ama con ninguna violencia ó fuerza, sino voluntariamente. Donde dijo muy bien San Agustín: Que quitaban á los mártires las vidas, pero no la voluntad ni el amor. Y San Pablo desafía á las tribulaciones, angustias, hambre, desnudez, peligros, persecuciones y cuchillo, y les da la vaya como á enemigos vencidos en este caso (1). ¿Quién será bastante (dice) á dividirnos á mí y á Cristo? ¿Quién podrá deshacer este nudo y lazo de amistad? Atribulado vimos á David cuando le perseguía Saúl y le ponía cerco para que no escapase de sus manos (2). Angustiada vimos á Susana cuando fué acusada falsamente de adulterio; perseguido á José, y vendido de sus propios hermanos (3); hambriento á Daniel, y en un lago profundísimo de leones (4); desnudo el santo Job de hijos y hacienda y de vestidos, porque, lleno de lepra, estaba en un muladar. En peligros me he visto yo, especialmente cuando en una espuerta me echaron por el muro de la ciudad. El cuchillo tuvo á la garganta Isaac (5), y muchos mártires experimentaron sus agudos

(1) Quis nos separabit a charitate Christi?— Rom., 8.

(2) I Reg., 25. Danielis, 13.

(3) Gen., 37.

(4) Daniel, 5.

(5) Gen., 22.

filos; pero ninguno de todos perdió el amor que tenía con su Dios, ni yo le tengo de perder, aunque todas estas cosas se levanten contra mí. Y más: «estoy cierto que ni la muerte, ni la vida, ni los ángeles, ni principados, ni virtudes, ni las cosas presentes, ni por venir, ni la fortaleza, ni la alteza, ni la profundidad, ni otra alguna criatura, si Dios de nuevo la criase, sería poderosa para apartar mi voluntad de Cristo, al cual he dado mi corazón y amor». Como si dijera el Apóstol: lo imposible será posible antes que deshacerse la amistad estrechísima que hay entre mí y Cristo.

Esto hemos dicho, para que se vea cómo ninguna violencia basta á desatar el nudo que hay entre el amante y la cosa amada. Siempre se queda amor, y libre, que nunca muda su naturaleza, como ni la voluntad, que siempre lo es dondequiera que va, aunque recibe el modo, forma y naturaleza de la cosa amada, y se viste de su librea y traje, y de ella toma su denominación; porque tal es el amor cual es la cosa que amamos, y tal la voluntad cual el amor. Al fin, la cosa principalmente amada da nombre al amor y á la voluntad, porque la voluntad no tiene otro nombre sino voluntad, y el amor, por consiguiente, se queda amor; pero la cosa amada les da diferente nombre; pues si lo que amamos y queremos es tierra, la voluntad se llama terrena, y el amor terreno; si humano, humana; si angélico, angélica; y si divino, divina. Es lo



que dijo Dios por el profeta Oseas de los israelitas idólatras, no sin grande sentimiento (1): «Tan agradable era para mí Israel (dice Dios), y tanto gusto recibí en verle, como suele recibir el que halla uvas en el desierto, donde suele siempre haber penuria de todas las cosas. Tan de buena gana puse mis ojos en aquellos antiguos padres de los israelitas, como se suelen poner en los primeros frutos que lleva la higuera, que no hay entonces otra fruta de qué echar mano. Pero mirad la lástima; que, queriéndolos yo tanto, se me entraron á dar la obediencia á Belfegor, Dios de los amonitas y mohabitas. Apartáronse de mí, con no pequeña confusión suya, porque se ensuciaron con mujeres idólatras, y pusieron su gloria en el torpe deleite de la carne. Por lo cual quedaron tan abominables en mis ojos como lo eran las cosas que amaron».

Y es así que el hombre puede, por la fuerza del amor, mudarse y transformarse libremente en lo que le diere gusto, ora sea más noble que él, ora de menos nobleza. Dijo muy bien Evangelista, filósofo (2). «El hombre es de naturaleza

(1) Quasi uvas in deserto inveni Israel, quasi prima pomifera in cacumine vidi patres ejus; ipsi autem intraverunt ad Belphegor, et ab alienati sunt in confusionem, et facti sunt abominabiles sicut ea quæ dilexerunt.—Ose., 9.

(2) Homo est animal dissolutæ naturæ, nullam habens propriam imaginem; extraneas autem et adventitias quamplurimas.

«suelta, y que no tiene imagen propia, pero extrañas y forasteras muchas, porque se transforma por el amor en lo que quiere.» De aquí es que la voluntad nuestra se ennoblece ó envilece, baja ó sube conforme á la cosa que principalmente amamos, y ninguna puede haber que no sea ó superior, ó inferior, ó igual. Si la voluntad da su amor principal á cosa superior, más noble y de mayor dignidad que ella, mejórase y adquiere la nobleza, superioridad y dignidad de la cosa amada, y aventájase á sí misma; pero, si da su amor á su igual, ni sube ni baja; y si la cosa que ama le es inferior, envilece y baja de su nobleza, y pierde su ser y valor natural.

Mal empleado por cierto es el amor y la voluntad nuestra en otro que Dios, porque cualquiera cosa que fuera de Él amemos es inferior á nuestra voluntad, la cual no conoce sobre sí inmediatamente sino á Dios, y, amándole á Él sólo, sube y se levanta sobre sí, recibe nobleza y mejoría, y en otra cualquiera criatura se envilece y deslustra su ser. A lo menos la naturaleza nos enseña al ojo, y por experiencia, que las cosas inferiores y menos dignas se convierten siempre y mudan en las más dignas y superiores á ellas; porque las que están en el ínfimo grado, que no tienen más que el ser, como los elementos, se convierten en las del segundo grado, que tienen ser y vida, como son los árboles y plantas; los animales que viven y sienten, y las



que son de tercer grado, se mudan en los hombres que son del cuarto grado, y en ellos tienen mayor nobleza que en sí mismos y granjean mejor ser (1). Pues ¿por qué la voluntad libre no procurará mudarse en mejor, ya que puede y le está tan bien? ¿Por qué no trabajará por mudarse y transformarse en Dios, en el cual granjea ser divino? El que esto no hace, obra contra todo el orden natural y contra sí mismo; y toda la naturaleza clama y da voces de que ofende al Criador, que ha de ser primero y principalmente amado, por ser más noble y más digno que todas las cosas.

Y que ninguna criatura sea digna de nuestro amor, vese muy claro, porque no es justicia que las cosas inferiores manden á las superiores, ni

(1) Este lugar se presta á falsas interpretaciones después de las teorías de Darwin, y debemos explicarlo. A nuestro modo de entender, lo que el autor quiere aquí expresar es que la naturaleza de los seres tiende á perfeccionarse cuando se la pone en condiciones. Así, por la *endosmosis* y *exosmosis*, algunos elementos pasarán á vivir en la planta; ésta, por la nutrición con que el animal se le asimila, sentirá de algún modo en el bruto; y el hombre, cuando come las carnes de éstos, les dará cierta nobleza formando parte de su ser. Puede ser también que sólo intentase el autor indicarnos los grados y escalones con que Dios había perfeccionado las cosas. Y, por último, podemos ver en estas frases una reminiscencia de la antigua teoría escolástica sobre la sucesiva introducción de almas (vegetativa, sensitiva y racional) en la formación del hombre. Pero de todo esto al transformismo de Darwin hay mucha distancia. (N. del E.)

las iguales á sus iguales; y como fuera de Dios no tenga el hombre cosa que de sí ni de su naturaleza le sea superior, sino igual ó inferior, agravio se hace al orden natural y ofensa al Criador si fuera de Él se entrega nuestra voluntad á alguna de todas las criaturas. Si que nuestra voluntad de su natural condición es intelectual ó espiritual, y por consiguiente es más noble y superior á todas las cosas corporales, al cuerpo, á los animales, al oro, á la plata, á la luna, al sol, á los árboles, á los elementos, y finalmente á todo lo visible y corpóreo, de todo lo cual nada merece nuestro amor, y, dándosele, sujetamos y rendimos lo superior á lo inferior, que es gran desorden y desconcierto. Item decimos, y el derecho lo dispone, que ninguna cosa debe sujetarse á su igual; y como nuestra voluntad sea criada, consta que toda otra voluntad criada, en cuanto criada es igual á ella, y por el mismo caso no es de suyo digna de nuestro amor, primera y principalmente. Porque, si le diésemos, tomaría dominio sobre nosotros. De este discurso sacamos que, siendo verdad que las cosas superiores y de mayor dignidad y nobleza han de mandar y enseñorearse de las inferiores, no teniendo nuestra voluntad superior en las criaturas sino á Dios, que es mayor que nuestro corazón, y por ser quien es merece nuestro amor, síguese que en cualquier criatura, fuera de Él ó por Él, está muy mal empleado.

De aquí es que, aunque pudiera Dios nuestro



Señor remediar al hombre caído, por mil medios á su majestad ciertos y sabidos, como dice San Agustín, no quiso sino con la muerte de su Hijo Unigénito, por no dar ocasión á los hombres á que amasen alguna criatura más que á Él ó tanto como á Él. Porque, si creemos á San Gregorio: *Cuanto los dones crecen, crecen las obligaciones al bienhechor*. Y entre los dones hay tres que son mayores y más principales que todos. El primero es darme á mí lo que soy, lo cual sólo Dios puede hacer, como de hecho lo hizo, y á esta cuenta, á Él sólo se le debe el ser que cada uno tiene. *Él nos hizo á todos, y ninguno á Sí mismo* (1). El segundo es perfeccionar esta naturaleza que Dios nos dió. Esto debemos á los padres y maestros; aunque Dios es el principal que aquí obra, los padres nos crían y los maestros nos enseñan; y así dijo el Filósofo: Que á Dios, y á nuestros padres y maestros, no les podemos pagar lo que debemos. Hay otro don más perfecto y mayor, que ni los padres ni los maestros le pueden dar; conviene á saber: librarnos de una servidumbre horrenda, redimirnos de la muerte y hacernos participantes de la felicidad eterna. Sí; que llano está que si yo estuviera cautivo entre turcos, y en este cautiverio llevara una vida trabajosísima, azotado cada día, macerado con hambre, deshonorado y lleno de toda miseria, y ni mi padre, ni mi deudo, ni mi

(1) Ipse fecit nos, et non ipsi nos.—Ps. 99.

amigo, sino un extraño me remediara y volviera á mi libertad y á mayor honra que antes de ser cautivo tenía, que, si no era siendo ingrato, había de amar y honrar á éste que me redimió más que á mi padre que me engendró, ó por lo menos con igual amor. Dios es Padre de todos; el hombre, por el pecado, padeció naufragio; cayó en manos del demonio, corsario cruelísimo, el cual, preso y aherrojado, le puso al remo de los vicios; si alguna criatura le libertara y redimiera, de derecho de agradecimiento estaba obligado á amarla más ó tanto como á su criador Dios. ¿Qué hace Dios? Por que á Él sólo estuviese el hombre obligado, y á ninguna criatura sujeto como á Redentor, ni en otro pusiese su amor y su esperanza sino en Él, quiso Él mismo redimirle y rescatarle y librarle de tan dura servidumbre. De manera que todo lo que soy, así en el ser de naturaleza como en el de gracia y seré en el de gloria, todo se lo debo á Dios, como á Padre, como á Maestro, como á Criador y Redentor, y Él sólo merece y es digno de que principalmente y con amor primero le amemos. ¡Oh corazón, ya no corazón, y si corazón no ya de carne, sino de piedra y de hierro! ¿Cómo no te enciendes en el amor de aquel Señor que por todas partes te tiene tan obligado á su amor? Pero ¿qué digo yo corazón de piedra? Pluguiera á Ti, mi Dios, que el mío lo fuera y no de carne, que la piedra con el calor se derrite y se resuelve y convierte en metal, y el hierro se ablanda y queda tratable;



pero mi corazón, entre tantas llamaradas de fuego de caridad, persevera contra toda razón, y contra su natural helado, duro y frío. Vos, mi Dios, prometiste por un Profeta (1) que quitaríais de nosotros los corazones de piedra y nos los daríais de carne, y escribiríais en ellos vuestra ley; y si no es que en mí, por mis pecados, no se haya cumplido esa vuestra palabra, confieso que me fuera mejor tenerle de piedra que de carne, pues la piedra se deja labrar y, como tengo dicho, se ablanda y se muda, y este mío de carne persevera duro é inmutable.

«¡Pluguiese á Dios, dice San Buenaventura, que los corazones fuesen de pedernal, y no de carne! Porque ¿qué cosa de mayor admiración, ni más digna de vituperio para la criatura racional, que decirse de ella que tiene corazón más insensible é intratable que las piedras?» ¡Oh corazón durísimo! ¿Por qué, á quien tan fuertemente te ama, no le amas con todas tus fuerzas? ¡Oh corazón cruelísimo! ¿Por qué te aborreces á ti mismo tan de muerte? ¡Oh corazón perversísimo! ¿Por qué no te ofreces á quien con tanta solicitud te busca? ¿Por qué no abres al que con tanta perseverancia, de día y de noche, te llama? ¿Por qué no recibes amigablemente al que en ti pretende sus delicias siendo Señor de los Cielos? ¡Oh piedras insensibles, llorad, os ruego, esta insensibilidad de mi corazón!

(1) Ezech., 18.

Por cierto, Dios mío, aunque derechamente me aborrecierais, sólo por ser mi Dios, Defensor y Redentor os debía yo amar sobre todas las cosas; ¿cuánto más amándome, como me amáis, con tan inefable amor, que parece haberos aborrecido por amarme? Quisisteis morir, siendo Criador, por mí, criatura vuestra ingratísima; siendo Dios, por mí, vil hombrecillo, hijo del lodo y nieto de la nada; siendo Padre, por mí, vuestro hijo, indigno de este nombre; siendo Señor, por mí, vuestro siervo fugitivo; siendo Maestro, por mí, vuestro discípulo sin disciplina; siendo Inocente, por mí, que tantas culpas tengo cometidas; siendo Santo, por mí, pecador. ¿Qué más debisteis hacer, ó qué más pude yo desear que hicierais? Por cierto que, si tantas y tan grandes cosas por mí hubiera hecho un vilísimo rústico, estaba yo obligado á amarle eternamente con todo mi corazón. Y ¿no os amaré yo á Vos, Dios mío? No permitáis tal cosa; antes os suplico plantéis en mi alma el amor de todas las criaturas, para que ninguna cosa ame ni quiera sino á Vos, y, haciendo por todas este oficio de amar, ningún sentido ni potencia haya en mí que no se ocupe y emplee en sólo vuestro amor.

Vale también aquí la razón del amor recíproco, que es, como adelante diremos, que ninguno debe amar donde no espera retorno de amor; y éste no se puede esperar de ninguna criatura inferior al hombre, porque no tienen amor libe-



ral como el hombre, ni voluntad que dar á quien las ama; y así, el que ama á quien no le puede amar, entre otros daños, incurre en dos: el primero, que se hace vil, corporal y terreno, y degenera de su naturaleza, excelencia y dignidad, como ya dijimos, porque se transforma en la cosa amada. Lo segundo, que pierde todo su tesoro, que es su amor, porque le emplea en tierra donde no hay amor, pues las criaturas inferiores no se os pueden dar libremente, sino que por necesidad y á más no poder os sirven (1). *Toda criatura*, dice el Apóstol, *está sujeta á la vanidad, esto es, al hombre*, según que lo dijo el Profeta (2). *Pura vanidad, ó todo vanidad, es el hombre mientras vive*. Y á él están sujetas las criaturas, no por voluntad suya, sino por la de Dios, con esperanza de verse libres de esta dura servidumbre, que lo es y muy grande servir á los vanísimos pecadores.

(1) Vanitati subjecta est omnis creatura, non volens, sed propter eum qui subiecit eam in spe.— Rom., 8.

(2) Verumtamen universa vanitas omnis homo vivens.— Ps. 38.



## CAPÍTULO VI

CÓMO EL AMOR SE EXTIENDE Á TODO LO QUE LLEGA LA COSA PRINCIPALMENTE AMADA, Y DE LO QUE GANA EL ALMA DE TRANSFORMARSE EN DIOS.

DE la perfecta unión y transmutación que causa el amor entre el que ama y la cosa principalmente amada se sacan muchas doctrinas, y una de ellas es que ni la voluntad ni el amor pueden exceder ni ser mayores que la cosa así amada; pero extiéndese á todo lo que ella se extiende. Por lo cual, cuanto la cosa principalmente amada fuese más común y universal, tanto será el amor más común y universal, y también la voluntad, que se anda tras de él, como la *gigantea* (1) tras del sol. Y por el contrario, cuando la cosa principalmente amada fuere más particular y estrecha, tanto lo será el amor y voluntad. Y porque la cosa primera y principalmente amada no puede ser sino una sola, pues, como dijo la eterna Verdad, ninguno puede ser-

(1) Alude á la hierba que por otro nombre llamamos girasol ó heliotropo. (N. del E.)



vir á dos señores, si el uno está subalternado al otro, tampoco puede haber en el hombre más que un solo y principal amor, el cual necesariamente ha de ser de la condición y naturaleza de la cosa amada, porque, como habemos dicho, se viste de ella y se transforma en ella. Esta es la que funda y establece el amor primero en nuestra voluntad, el cual es raíz y principio de todos otros cualesquier amores y aficiones que nacen y se engendran en ella. Y como de un grano de semilla se engendran infinitos granos, y todos de la condición y naturaleza del engendrador, así del primer amor salen muchos amores, en nada discrepantes ni desemejantes de él; porque, cual es la raíz, tales suelen ser los frutos que se crían y sustentan de ella. De manera que, si el primero y principal amor es bueno, justo y ordenado, los que procedieren de él han de ser justos, ordenados y buenos, y al contrario, bien claro lo dijo Cristo (1): «*No puede el buen árbol, perseverando bueno, llevar mal fruto; ni el malo, en cuanto tal, darle bueno; ni se cogen de las cambroneras uvas, ni de los abrojos higos*». Aunque se debe mucho advertir que, hablando con propiedad y verdad, no puede haber en una voluntad más que un amor. Porque la cosa principalmente amada no es posible ser más que una; pero decimos que son muchas por

(1) Non potest arbor mala bonos fructus facere, neque arbor bona malos fructus facere.— Matt., 7.

la diversidad de las operaciones, como dice San Gregorio, y uno por la unidad de la raíz. De suerte que todas las demás cosas se aman en virtud de esta primera, y en cuanto están anejas á ella. Y así no se pueden llamar muchos amores, sino un amor en muchas cosas, pues todas están subordinadas, y dicen respecto á aquel uno. Y puede tanto la cosa principalmente amada, que obliga y necesita á que améis con ella cuanto á ella le toca y cuanto ama, y aborrezcáis lo que aborrece y le es contrario.

Siendo, pues, así que toda la nobleza, fortaleza y virtud y extensión nace en el amante de la cosa principalmente amada, y que, si ella es fuerte, él es fuerte; si noble, noble; si virtuosa, virtuoso, y si una, uno; si universal, universal; bien se sigue que, cuanto la tal cosa fuere más fuerte, más noble, más virtuosa, más una y más universal, tanto más lo será el que con ella estuviere unido y transformado. De aquí es que, siendo Dios poderosísimo, fortísimo, virtuosísimo, infinitamente bueno, unísimo y simplicísimo, si Él fuere la cosa principalmente amada, y nuestra voluntad estuviere unida á Él por el primer amor, de necesidad ha de quedar de este amor y unión poderosísima, fortísima, virtuosísima y sumamente una. Y porque este Señor principalmente amado es universalísimo y común á todas las cosas, á las cuales se extiende como Dios y Señor de todas, del tal amor nacen infinitos amores, con que se aman



todas las criaturas en cuanto Dios las ama, y esto en virtud de aquel amor primero. Por lo cual, desengañando nuestro Evangelista San Juan á los que se jactan de que aman á Dios sobre todas las cosas, teniendo odio con sus hermanos, dice (1): *Si alguno dijere yo amo á Dios, y aborrece á su hermano, mentiroso es. ¿Quién hay (dice el divino Gregorio) que, si le preguntan si ama á Dios sobre todas las cosas, no responda con grande determinación que sí? Pues (dice San Juan) á la prueba. Mirad si amáis á vuestro prójimo: si le amáis, verdad habéis confesado; si le aborrecéis, mentís en palabra y en obra, como dice Santo Tomás. En palabra, porque no decís lo que sentís; tenéis odio en el corazón, y pronunciáis amor con la boca; pues claro está que, si amaseis con amor principal á Dios, habíais de estar todo transformado en Él, y vestido de Él, como hemos probado de la cosa primeramente amada, y, por consiguiente, había de haber conformidad de vuestra voluntad con la suya, porque ya sabéis que no sois vuestro, sino de la cosa amada. Pues como la voluntad de Dios sea que vos améis á vuestro prójimo, aunque sea enemigo, aborreciéndole y diciendo que le amáis, mentiroso sois. También mentís en el hecho, porque de hecho aborrecéis al que de hecho decís que amáis. Y verdadera-*

(1) Si quis dixerit, quia diligo Deum, et fratrem suum odit mendax est.—I Joan., 4.

mente sois mentiroso, porque *quien no ama á su hermano, con quien trata y á quien cada día ve, á Dios, que nunca vió, ¿cómo le puede amar?* (1). La razón es ésta. Más amamos las cosas que vemos que las que no vemos; pues si al hermano que cada día veis y tratáis no le amáis, ¿cómo amaréis al que nunca visteis? Si tu hermano es imagen de Dios, dice la glosa, y le aborreces, ¿cómo te jactas que amas aquel cuya imagen es? Cuanto más, que es mandamiento expreso de Dios *que, quien se diere por amigo suyo, ame también á su hermano, aunque enemigo.* No es posible que sea Dios la cosa principalmente amada y que no se ame todo lo que Él ama y quiere que amemos, y se aborrezca lo que Él aborrece y quiere que aborrezcamos. Guárdese el hombre que la cosa que principalmente ama sea criatura y no Dios, porque, en tal caso, su amor, fundado sobre tan flaco fundamento, ni tendrá firmeza ni se podrá extender al Criador sino secundariamente y en cuanto dice respecto á la tal criatura, la cual tendrá en el que así ama las veces y el lugar de Dios, pues el verdadero no se ama sino en virtud de ella, que es la mayor miseria del mundo.

Bien parece que bastaba lo dicho para conocer las condiciones y naturaleza del amor; pero porque los ejemplos suelen facilitar las cosas que

(1) Qui non diligit fratrem suum quem videt, Deum quem non videt quomodo potest diligere?—I Joan., 4.



son tan metafísicas como éstas, pondremos uno muy familiar, en el cual se verá al ojo todo lo que en esta materia se puede decir. Y presupongamos primero que la voluntad del que ama, respecto de la cosa amada sea como la mujer respecto del marido, que, allegándose á él por matrimonio voluntariamente para no dividirse sino por muerte, la mujer está sujeta al marido, y le obedece, y se deja gobernar por él; y el marido es el señor, y tiene superioridad y dominio sobre ella. Así pasa en esta transformación y unión libre, y que voluntariamente se hace entre nuestra voluntad y la cosa primero amada; que la voluntad sigue las condiciones de la mujer, y la cosa principalmente amada las del varón. Y es tan verdad esto, que así como la mujer se ennoblece ó envilece, según la condición del marido, así nuestra voluntad sube ó baja conforme á la cosa que principalmente ama, como ya probamos. Supongamos, pues, que un hombre rústico y plebeyo tuviese tres hijas de una misma condición, iguales en el linaje, nobleza, dignidad y hermosura, y que las case todas: una con un rústico como él, otra con el rey, la tercera con el emperador, todas éstas que de su naturaleza eran iguales y ninguna de ellas más noble, más poderosa ni más rica que la otra, después de los matrimonios son totalmente desiguales, según la desigualdad de los maridos á quien se juntaron; porque la que casó con el rústico es rústica, la que con el rey rei-

na, la que con el emperador emperatriz. De manera que la mujer se muda en el varón, de él se denomina y por él se especifica y determina. Lo mismo á la letra pasa entre la voluntad y la cosa principalmente amada. Mi voluntad y la vuestra, y las de todos los hombres, iguales son en nobleza, porque lo son las almas en su creación y ser natural, pero especificanse conforme á la diversidad de las cosas que principalmente amamos. Porque la voluntad, como tengo dicho, sigue las condiciones de la mujer, y la cosa amada las del varón. De suerte, que tenemos libertad de subir ó bajar de quilates, según y como fueren las cosas que principalmente amaremos. ¡Oh! Bendito seáis, Dios mío, para siempre, que tal libertad disteis al vilísimo hombre, á este hijo de la Tierra, que esté en su mano el querer hacerse de bestial espiritual, de humano angélico, y de terreno celestial y divino; porque escrito está (1): *El que se allega á Dios, un espíritu se hace con Él.* ¿Cómo, Señor, no te amamos, siquiera por granjear tanta nobleza? ¿Qué mujer hay que no desee juntarse con un marido rico, poderoso, discreto, noble y bueno, por tener con él nobleza, abundancia, paz, contentamiento y regalo? ¡Oh Dios eterno, cuánta paz, cuánta seguridad, cuánto gozo, cuánto descanso y abundancia tienen las almas que sólo á Tí tienen por marido! Como eres rico, no padecen

(1) II Cor., 6.



mengua; como eres inmovible y estable, no tienen mudanza; como eres fortísimo, nada las derriba; como eres fidelísimo, nada las perturba; como eres infinito y eterno, no temen perderte. Verdaderamente Tú eres mi Dios, que de nadie tienes necesidad, ni te falta nada, ni al alma que de veras te ama le puede faltar. ¡Oh casamiento soberano y transformación divina, no por cierto de otra mano que de la poderosa de Dios!

«De grande admiración sería en los hombres aficionadas á las cosas temporales, dice San Buenaventura, si alguno se hallara que convirtiera un montón de estiércol hediondo en todos los regalos y delicias de este mundo, esto es, en el poder del emperador, cuanto á lo temporal, y del papa en lo espiritual, y en la autoridad sobre los espíritus malignos, sobre las estrellas, sobre la mar y tierra, sobre los muertos, sobre las enfermedades, y al fin sobre el curso todo de naturaleza, y en todas las riquezas criadas y que Dios puede criar, con tal que todo no le llevase á Dios». Pues mucho más sin alguna comparación es admirable, amable, venerable y digna de toda aceptación, aquella conmutación que hace el hombre de sí mismo en Dios, cuando se convierte y transforma en Él. Porque mayor es la distancia que hay entre Dios y el hombre que entre la criatura más vil y baja y todas las cosas que fuera de Sí puede el mismo Dios crear. Pero ¿cuándo se hace esta divina permutación? Cuando elige el hombre aborrecerse á

sí y amar á sólo Dios, y ni quiere ni puede aficionarse á alguna otra cosa fuera de Dios, puesto en Él sólo todo su afecto, á Él solamente se allega, y de nada sino de Él tiene cuidado, y su sed es como por sí y por todas las criaturas, su Dios y Señor será honrado. ¡Oh truco y conmutación dulce y suave, y para íntimamente desearse y codiciarse! El hombre que á tanto bien como éste llega, mudó sin duda, trocó las llagas de sus pecados en las de Cristo crucificado, la hediondez de su ánima en la bondad divina, su maldad en la clemencia de Dios, y la amargura de su corazón en la suma suavidad y dulcedumbre de su Criador, porque todo él es hecho de Dios, todo está lleno de Dios, y Dios todo en él y él todo en Dios por virtud del transformante amor. Salió de sí y entróse en Dios, adonde ningún mal, ni de culpa ni de pena, puede llegar; y metido en Dios, encendido con su celo, á sí mismo como á cruelísimo enemigo se hace guerra. Y si tal es esta conversión, como de verdad lo es, ¿por qué, siervo malo, esclavo infiel, y criatura sin provecho, te detienes en mudarte y convertirte? ¿Qué cosa puede haber de mayor deleite, de mayor nobleza y de más provecho para el alma que ésta? ¡Oh qué gran bien es para el alma ser Dios la cosa principalmente amada, y cuán gran miseria juntarse, unirse y transformarse en alguna de todas las criaturas! Porque todas son enfermas, variables, necesitadas y pobres, y por el mismo caso ha de sen-



tir todas sus miserias la mísera voluntad. Ni ha de tener constancia, ni firmeza, ni contento, ni riqueza, ni salud, ni otro cumplido bien, y, lo que es peor, que ha de amar todas aquellas cosas de que tiene necesidad la que principalmente ama, y sin las cuales no puede la tal permanecer. Y porque todas son caducas, percederas y vanas, la voluntad se desvanece y se envejece y se pierde y empobrece con ellas, y en nada halla menos que tribulación y angustia.

Por cierto, casamiento sería lamentable y desdichado el de la hija del rey, hermosísima y nobilísima, con un bruto. Pues ¿qué mayor desdicha y más para lamentarse que poner el hombre su primero y más principal amor, y casar su voluntad, que es espiritual, con las cosas terrenas y corporales? ¡Qué bien dijo San Agustín! (1): «¡Ay de ti, alma, si por ventura, ó desventura, andas errada en las huellas de tu Dios, que son todas las criaturas inferiores á ti, ya que tú imagen suya eres, si amas en vez de Él las señas y guiños que te está haciendo en todas las cosas, en el cielo, en la tierra, en las plantas, en los animales, y finalmente en toda esta máquina del mundo, cuyo fin eres tú! ¡Ay de ti, digo, si no adviertes con

(1) Væ tibi, si oberras in vestigiis suis, si nutus suos pro eo amas, et non advertis purgatæ mentis intelligentia, quid innuat lux illa beatissima cujus nutus et vestigia sunt omnium creaturarum decus et forma. August. in suis *Confes.*

»la inteligencia de tu mente, purgada y limpia, »lo que te está mostrando aquella luz beatísima, »cuyos vestigios y reseñas son la hermosura y »belleza de todas las criaturas, si amas más las »dádivas que al Dador, que en tal caso no te »puedes llamar esposa, sino adúltera». Advierte lo que el Esposo celestial te está diciendo en los *Cantares* (1): *Si no conoces tu dignidad y hermosura, si piensas que eres huella y vestigio de Dios, y no imagen suya hermosísima en lo natural, y en lo gratuito semejanza, sal de mi casa y de mi presencia, que no mereces estar donde Yo estoy; vete en seguimiento de las pisadas de tus rebaños, y apacienta tus cabritos junto á las majadas de los pastores.* Como si dijera el Esposo: Si no echas de ver la ventaja que haces á las bestias, camina luego en pos de ellas y sigue tus apetitos sensitivos, como le siguen ellas, y decirse ha de ti lo que del primer hombre: *que estando honrado sobre todas las criaturas, no conoció tanta honra, siguió sus apetitos bestiales como bestia, y fué comparado con ellas y hecho su semejante* (2). ¿Qué tenéis vos que ver, alma mía, con el oro, ni con la plata, ni con ninguna cosa creada? A todo habéis de renunciar, y dar de mano á lo que no fuere Dios, para casar con

(1) Si ignoras te o pulcherrima inter mulieres, egredere, et abii post vestigia gregum tuorum, et pasce hædos tuos juxta tabernacula pastorum.— *Can.*, 1.

(2) Ps. 48.



Dios: y con muy justa razón por cierto, porque todo sin Dios no os basta, y sólo Dios os será todas las cosas, según que en un salmo se escribe conforme á una traslación hebrea (1): En vuestro rostro, Señor, está el cumplimiento y abastanza de todos los bienes.

(1) Ps. 16.



## CAPITULO VII

CÓMO SÓLO EL AMOR TRIUNFA DE DIOS Y SE TIENE CON ÉL Á BRAZO PARTIDO, Y DEL TIEMPO Y LUGAR DE ESTE DUELO.

**C**UENTA la divina Escritura (1) que caminando el Patriarca Jacob, lleno de riquezas y con mucha prosperidad, para su tierra, temeroso de encontrarse con su hermano Esaú, después de haber hecho algunas prevenciones para aplacarle y librarse de sus manos á los primeros encuentros, pasó con sus dos mujeres, hijos y criados, el vado de Jaboe, y, retirado de la gente, púsose en oración; y veis aquí, dice el sagrado texto, que un varón luchaba con él á brazo partido hasta la mañana; y viendo que no podía rendir ni derribar al Santo, pellizcóle en una rodilla, desencajóle la choquezuela y secósele luego el nervio en que juega. Con todo esto se tenía fuerte Jacob, y tanto, que por bien de paz le pidió aquel varón que con él luchaba (que era

(1) Gén., 32.